

La poesía como una casa de puertas abiertas

Casa sin puertas

ÓSCAR HERNÁNDEZ M.

Letra a Letra, Bogotá, 2016, 68 pp.

CON EXCEPCIÓN de *Suenan timbres* (1926) de Luis Vidales, se ha dicho que en Colombia no hubo vanguardia. En efecto, mientras en otras latitudes del continente se asistía a una renovación sostenida del lenguaje y otras búsquedas estéticas, el país seguía anclado a un modernismo tardío, sumergido en un matrimonio, casi indisoluble, con la tradición española. Tuvimos que esperar hasta la llamada Generación Mito, constituida por poetas nacidos en la década de los veinte y que empiezan a publicar en la década de los cincuenta, para presenciar por fin un cuestionamiento a nuestras prácticas literarias y empezar a entender la poesía como un género que rejuvenece a medida que el hombre avanza por su línea histórica.

Hoy existe un consenso sobre el aporte —no solo desde lo poético, sino también desde lo cultural y lo político— que hicieron figuras como Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis, Héctor Rojas Herazo, junto al canto imborrable que construyó paralelamente Aurelio Arturo con su *Morada al sur*. Sin embargo, aún falta echar una mirada más definitiva a esta generación, ya que prácticamente han sido excluidos tres poetas que merecen una atención inmediata y cuyo aporte llega a ser incluso más interesante que el de sus contemporáneos. Estos poetas son Emilia Ayarza (Bogotá, 1919-1966), Carlos Obregón (Bogotá, 1929-1963) y el que nos compete en esta reseña, Óscar Hernández Monsalve (Medellín, 1925).

A igual que los poetas de la revista *Mito*, estos escritores lograron desprenderse del conservadurismo literario colombiano, anteponiéndose a la generación anterior de Piedra y Cielo, y rompieron con las formas, el lenguaje y las estructuras tradicionales que hicieron ver la poesía colombiana como una feliz habitante del siglo XIX.

Óscar Hernández, hoy solitario en su generación, hizo de la poesía una

enorme casa con las “puertas abiertas”, entendiendo lo cotidiano como centro (desde el interior de la casa al exterior y lo urbano), la transparencia como palabra y lo político como testimonio de un país que se multiplica en su dolor y sus muertos. *Las contadas palabras*, libro publicado en 1958 bajo el cuidado de Manuel Mejía Vallejo, constituye un bello eslabón inicial en la poesía del país, el cual bucea en el fondo de las cosas, donde vida y pensamiento mantienen una relación estrecha a través de poemas de lenguaje sencillo y renovado, que estremecen por su naturaleza atemporal y contemporánea a pesar de haberse publicado sesenta años atrás.

De reciente aparición es su libro *Casa sin puertas*, número 5 de la colección Poesía Letra a Letra. Esta reunión de poemas “nuevos”, publicados algunos con anterioridad en diferentes plaquettes y antologías, nos muestra una vez más la aguda intuición y solvencia que mantiene Óscar Hernández para abrir ese universo único. Aquí nos enfrentamos a un lenguaje mucho más directo y concreto, que pretende abordar los diferentes temas y obsesiones que convierten su obra en una vasta miscelánea donde predomina lo político, la poesía como tema, lo cotidiano y la soledad.

Ha señalado el poeta Santiago Mutis que en el trabajo de Hernández no existe la queja o el oscurantismo. Simplemente retrata un mundo que palpita a su alrededor y que se muestra en toda su condición. Mira como quien sabe observar, señala sin lamentaciones pero sí con una honda reflexión. Entre la experiencia y lo filosófico. Cada poema está labrado entre dos orillas que se encuentran sin bordes definidos, es decir, hay una bella simbiosis entre los sentidos, la piel y el pensamiento. Un algo que se crea, se manifiesta, dice, y termina en lo metafísico: “El río / ese blando camino de sí mismo / que cuando llega / es porque ya ha pasado / y cuando pasa sigue esperado”.

Existe también una ironía continua que nos hace recordar en dónde y cómo nos movemos, tal y como ocurre en el poema “Neopadrenuestro”, en el que se reescribe la clásica oración desde la sátira y el humor negro: (...) hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

situación que de ningún modo extrañamos
porque ya nos han domesticado con la fuerza
la mentira y el miedo al colesterol
danos hoy nuestro pan de cada día
y manda abundantes hogazas al África.

Esto para jugar con la palabra, pero también para dibujar al hombre en toda su naturaleza.

Son muchos los síntomas, de lo interno y lo externo, que se fotografían en sus poemas y que, como un auténtico espejo, nos revelan nuestra propia cara. Son muchos los aciertos, su apuesta con el lenguaje, que hacen de su obra un referente necesario de la poesía colombiana actual. La originalidad, y en ocasiones el riesgo, están basados en una búsqueda que se ramifica entre las diversas formas de la poesía y el trabajo honesto con la palabra.

Óscar Hernández poco a poco recupera el lugar que debe tener en la literatura del país. Junto a Carlos Obregón y Emilia Ayarza, va ganando lectores que se asombran por esa vasta tierra fértil en la que se asienta su obra y que aún está por descubrirse.

Henry Alexander Gómez